

# MONTIEL BALLESTEROS

(1888)

Nacido en Salto, como Enrique Amorim y Horacio Quiroga, el acendrado amor a la tierra natal no ha abandonado nunca a Montiel Ballesteros. Toda su vasta producción tiene un secreto aroma que de ella viene. Con tres libros de versos (*Primavera*, 1912, *Emoción*, 1915, *Saviz*, 1917) ensayó el autor esos primeros pasos líricos que muy frecuentemente se abandonan luego para tomar distintos derroteros. En Montiel Ballesteros, en efecto, aunque esporádicamente ha continuado publicando versos, la vocación sostenida y la que define su figura literaria es la del narrador. Desde que publicó *Cuentos uruguayos* (1920) hasta su *Don Quijote Grillo* (1961), Montiel dio a la narrativa uruguaya un significativo conjunto de libros. Entre los de cuentos, recordaré *Alma nuestra* (1922), *Luz mala* (1925), y *Querencia* (1940); de las novelas, éstas: *La raza* (1925), *Castigo e Dios* (1930), *Pasión* (1935), *Barrio* (1937) y *Mundo en ascuas* (1956). No es posible olvidar sus *Fábulas* para niños, que reúnen calidad literaria y sentido de lo popular.

En la obra de Montiel Ballesteros, se pasa del tema campesino al urbano y del urbano al fantástico con la misma agilidad con que se pasa del tono dramático al humorístico. Hay en esa obra un evidente polifacetismo de temas e inspiración. Una idea de lo que es la obra de Montiel puede obtenerse deteniéndose un instante en dos de sus libros más significativos. El primero es *Alma nuestra*, conjunto de 21 cuentos. El autor da en ellos su visión de nuestro medio campesino. Trabaja con el paisaje y el poblador del norte de nuestro país. Sus personajes parecen arraigados en una ya casi caduca manera de vida que lucha con nuevos hábitos que la desplazan. De ahí que los cuentos, a pesar de sus toques humorísticos, tengan un aire dramático. Esos cuentos tienen, desde luego, un genuino sabor criollo. El viejo conductor de carretas, el gallego dueño de una pulpería,

el yuyero, el chasque y otros muchos personajes desfilan ante los ojos del lector y componen un cuadro vivaz y cálido. El otro libro es la novela *Pasión*. Se funden en ella dos motivos caros a Montiel: el del antagonismo de las generaciones que se suceden y la idea de que la vida, en su avance, reitera con formas distintas idéntica sustancia. Como es frecuente en el autor, hay en la novela un erotismo que nada tiene de malsano, que se presenta como una eclosión jugosamente instintiva y primitiva del ser humano. Este erotismo y aquella visión de nuestra realidad campesina se conjugan en el cuento, **El marido de la maestra**, que recoge esta antología, y que se encuentra incluido en el libro *Luz mala*. Son imborrables, e impagables, los personajes que levanta Montiel en este cuento. Don Juan Talero, segundo comisario de la sección, es un alma primitiva e ingenua, en la que, bajo su tosca superficie, se esconde una inocultable cándida bondad. Sólo en el atuendo exterior recuerda don Juan Talero a los comisarios prepotentes y crueles, representantes no de la autoridad sino del despotismo, que aparecen en la narrativa de Javier de Viana. El personaje es todo un hallazgo. Y sus perfiles se acentúan por su contraposición con la maestra y su núcleo familiar, representantes de la vida ciudadana. En cierto modo, el autor contraponen "civilización y barbarie", con una transacción final entre ambas en la que hay un tenue triunfo de la primera sobre la segunda. Los personajes episódicos están igualmente bien perfilados y el cuento todo chisporrotea humorismo y gracia, realismo y cálida simpatía humana.

## EL MARIDO DE LA MAESTRA

En nuestras campañas despobladas, donde se marcan las sensibles distancias por una casa situada de lejos en lejos, era habitual el dar posada.

Y como siempre es bueno estar bien con la policía, los representantes de la autoridad hallaban, por donde fuesen, abiertas de par en par y acogedoras las puertas de boliches y estancias.

De tal costumbre, Juan Talero, como lo deben hacer muchos comisarios, se aprovechaba.

El era el segundo de la sección y "recorría" seguido de su asistente, un negro petiso, ñato como "refalada'e capincho", y, cosa rara en milico, trabajador y "liberal".

Aparte de sus méritos de conservador del orden, el segundo era una excelente persona. Se le podía criticar su propensión a empinar el codo y el volverse farfantón y barullento cuando había ingerido algunas copitas; pero aún en estas oportunidades se conservaba "güenazo" hasta por demás.

Así es que no era mal recibido ni pesado con su acompañante, quien, quitada su casaquilla, ya andaba en la lidia de la cocina, pisando una mazamorra, o en el galpón, dando una manito en lo que se presentase.

Fuera de algún cristiano excesivamente avaro, el comerciante o el hacendado tienen que hallar grata la visita que matiza su soledad, que la distrae con una prosa entretenida o las interminables incidencias de un truco, alternando la monotonía de sus vidas.

No sé si comprendiendo eso, Juan Talero se dejaba estar sus dilatados días en lo de don Tarcisio Cardozo, en "La Azotea", y había de ser recordado de sus deberes por algún subordinado que le traía órdenes del Comisario.

Lo único que no estaba muy bien era lo del funcionario haciendo estaciones en lo de Susana Amarillo, quien tenía una justa fama de "mujer de la vida" y se ignoraba por qué diablos había venido a sentar sus reales en el pago.

En verdad, él trataba de disimularse en sus visitas a la paica, pero esa maldita costumbre de hacerlo todo con calma y comodidad, alargaba en exceso sus estadas.

Donde no había llegado nunca era a la escuela.

De ello se felicitaban la maestra y su madre, pues dado que eran mujeres solas sus visitas podían aparecer interesadas y dar lugar a equívocos.

El segundo, apenas saludaba y pasaba de largo.

Pero ahora, con la cuestión de la gira del Ministro

de Instrucción Pública, quien en vez de llegar al colegio, de acuerdo a sus promesas, se detuvo en la Comisaría a comer un asado con cuero y a echar un discursito a cuenta de las elecciones futuras, no tenía nada de extraño que él, al saludar, sofrenase su caballo.

—Buen día, señorita... ¿Sabe que no viene el hombre?

—Buen día, señor... ¿Qué hombre?

—El menistro, pues.

—¡Ah!...

—Como les había prometido... yo quise tráirles la noticia.

—Gracias... ¡Qué lástima! Teníamos todo preparado.

Talero había cruzado la pierna sobre el recado buscando una posición cómoda; su caballo, pesado, medio sillón, grande como para sostener la enorme figura de su dueño, movía la cabeza haciendo sonar la coscoja de plata.

El negro asistente se había apeado como a arreglar la cincha de su pingo, y puesto de bruces contra el cuello de éste, inclinaba el casco kaki sobre los ojos intentando un sueñito.

El superior comenzó a hablar del ministro.

—Mozo lindo, muchachón tuavía; farrista como él solo... Comió y chupó a lo criollo, a lo que te criaste... Ya ve, es así... Com'ustede, él también es de Montevideo... Y a uno le parece que porquí allá son todos doctores y generales, y está el gobierno... le parece no sé qué... Pero yo digo siempre: ¿Y de áhi? ¿No son como todo lo jotro? Gente güena... sin güeltas... Al fin y al cabo orientale... Todos semo orientale...

—Es verdad, señor.

Había venido la madre de la maestra, y la hermanita, a quien el aire del campo robusteciera y hermosara.

Contestaban con monosílabos, un poco cortadas. Quizá por aquella mala fama de que gozaba el mujeriego.

La señora se secreteó con la hija:

—¿Lo invitamos a bajar?

—Yo creo.

—¿Por qué no se apea, señor?

El sonrió, indeciso.

La señora insistió:

—Hay un sol que asa... bájese... Descansa un poco.

Respondió como por fórmula:

—En fin, por no despreciar...

Descabalgó, tiró las riendas al milico y siguió a las señoras.

Fue una de correr a lavar el mate dulce para prepararle un amargo.

Le tomaron el rebenque de mango de plata y el sombrero, un tanto grasoso y con un fuerte olor de bestia silvestre, y le ofrecieron un sillón del cual el hombre se fue posesionando con discretas precauciones hasta que, instalado con seguridad y a gusto, comenzó a hamacarse, rítmico, mientras charlaba.

Detuvo el vaivén para liar un cigarrillo. Fumó, expandiendo humo abundante por boca y nariz mientras conversaba, hasta el punto que el bigotazo y las cejas daban idea de una maraña que iba a comenzar a arder.

Continuó hablando:

—¡Qué diablos! Tanto tiempo'e p'acá y p'allá... y siempre diciendo: un día viá pegar una sentada pa echar un párrafo con la máistra'e Montevideo... y la mamá... y la hermanita... ¡Lo que son las cosas! Tanto va'l cántaro al agua...

Y no se crea que su rosario, semi-monologado, se desgranase sin pausas y silencio. No. El, de acuerdo con su idiosincrasia, no se apuraba ni para eso.

A veces miraba para afuera, entrecerrando los ojos heridos por la resolana.

El asistente, curvo sobre el pescuezo de su flete, dor-

mitaba junto al alambrado. El tordillo mósqueaba, se chicoteaba los flancos con la cola, movía la coscoja —luna de argento relumbroso— que, cuando la conversación decaía, alargábale hasta los oídos su tableteo característico.

La señora hubo de secretear de nuevo con la hija:  
—¿Por qué no hace entrar a la sombra al guardia civil con los caballos?

—Ah, sí, güena idea! —aprobó él.  
Alzó la voz:

—¡Filisbino! ¡Dentrá, pues!

El negro no se hizo repetir la orden. Abrió la portezuela, tomó al tordillo de la rienda y se dirigió a la enramada seguido por su matungo. La visita seguía conversando. El mate iba y venía. Le dieron "vuelta"; le cambiaron la yerba.

—Güeno el amargo... No hay como el entrevero de l'argentina con la paraguayá...

El segundo era incansable e insaciable.

Reanudaba el hilo de su discurso inicial:

—Se ven casos...

Aplastaba el calor bochornoso del mediodía.

—¿No le hará mal el resplandor?

—Tamu acostumbrau...

—Si le parece cerramos un poco la puerta.

—No es mala la idea...

Ya no había temas. Enmudecían en largos silencios. Ahora callaba la coscoja porque el negro, al aflojar la cincha a los caballos, los desenfrenó.

Entre el llamear casi invisible de la reverberación solar, los espejismos óptimos mentían frescuras de aguas azulinas.

El paisano, mirando hacia la carretera, enseñándoselas, les reveló:

—Son las lagunitas del diablo que, pa judiar al cristiano muerto'e sé, el Malino pone ante sus ojos...

Venía del campo el chisporroteo del resquebrajarse de los pastos secos y un asordinado, monótono gemir de palomas, mezclado a un chirriar agudo, como metálico, de insectos gozosos en la canícula...

Una chicharra, borracha del vino del estío, chillaba frenética, punzante, como el eje desaceitado del paisaje todo fuego y trépida palpitación.

La visita no se iba.

La señora pidió permiso y se levantó. Después lo hizo la hija menor que, cuando regresó, al sentarse, le avisó a la maestra:

—Mamá te llama.

El secretearse no era suficiente. Había que aconsejarse respecto a la decisión a tomar.

La visita no se iba.

La señora y la "piona" —morena supersticiosa, que había aconsejado la medida empírica de parar una escoba atrás de la puerta o echar sal en el fuego para espantar al visitante— andaban por la cocina de lata, que parecía un horno.

La maestra se animó a hacer la invitación:

—¿Nos va a hacer el honor de almorzar con nosotras?

El, pachorriento, buscó el bolsillo del chaleco, desenterró el grueso reloj de níquel con su llavecita colgada al costado, y comentó:

—¡Cómo se pasa el tiempo!...

Y, por primera vez, quizá considerando que correspondía una cortés negativa, o por lo menos el hacerse repetir el ofrecimiento, sin el más lejano amago de ponerse en pie, aventuró como una opinión:

—Hay que dirse.

Le refutaron:

—¡No, no; es tan tarde... y con semejante sol!... No le vamos a presentar un banquete... Usted se hará cargo...

El ya sin disimulo, tomando el asunto como cosa resuelta:

—Yo soy güen pobre.

Y, ahora sí, se incorporó y pidió:

—Con permiso.

Ordenó al milico que desensillase, y mientras el campo le echaba sobre el rostro una bocanada de aire cálido, opinó:

—¡Qué diíta!... Caramba, no se va a poder sestiar ajuera.

El negro estaba calculando que con una arrastrada de mata-ojo, se podía arreglar lindo la enramada.

¿Cómo se iba a ir el segundo con aquel sol?

Pero también quedarse a dormir —aunque fuese la siesta— en una casa de señoras solas!... No estaba bien.

¿Cómo se lo decían? La solución fue que la peona —ya abandonados los inocentes e innocuos maleficios— tendió un catre en el local de la escuela.

El asistente le trajo las alpargatas que él llevaba bajo los cojinillos y, cuando el jefe despertó, pidió para cebarle mate.

—Así parece que uno está en su casa... —definió Talero su satisfacción.

A la tardecita, sin apuro, contentos, amigos de toda la vida, se despidió.

Y ya lo tuvieron todas las semanas.

Se repitieron las escenas, la insistencia para que se quedara, pues si bien él con sus frases se resistía a aceptar, no se movía de la silla, demostrando que de antemano venía resuelto a la estación.

—Vea lo que son las cosas —repetía—. Vea... vea la maistrita'e Montevideo. Yo tenía cortedá de arrimarme, pero siempre decía: ¿y di áhi, no son como todo?... Y resulta qu'en lo qui andaba errao es que no tienen comparación. Nu es por decirlo ni por alabarlas: aquí m'encuentro mejor qu'en ningún lau...

Se sabe...

Esas continuas visitas no pasaron desapercibidas en el pago.

El segundo noviaba con la "máistra".

Se lo espetaron a él, y rió bonachón, bromista:

—Güe! Ni mi ha pasau por la mollera... La historia del burro y la hormiga, si no juera mala la companza...

Hacía acertada referencia a la personita casi minia- turesca de la muchacha y a su figura de indiazó y pesado.

Insistían. El "s'echaba p'atrás":

—¿Y de áhi?... ¿No soy un güen mozo?... ¡Ya se quisieran muchas necesitada!

Se puede afirmar que lo obligaron a observar a la señorita con cierta curiosidad.

No era linda pero había engordado un poco y poseía bello cuerpo, manos y pies chiquitos, boca fresca y claros ojos luminosos, bajo las cejas de arco perfecto. Después, una cosa rara: había una razón sugestiva llena de atracciones: él jamás había cultivado relaciones con una niña bien.

—Como perro'e pobre —pensaba—: cogote y garras...

Chinas cuartereras; mulatas e indiecitas de los arrabales de los pueblos, de los ranchos a orillas de los caminos; peonas de por ahí y de por allá...

Para él, el encanto imantador de aquella casita residía en eso. En el halo de pureza, de limpio, de noble del hogar de la maestra... Y, casi inverosímil efecto del ambiente, cuando el segundo comía en la escuela nunca se emborrachaba.

Sin embargo, el ambiente impuro del lupanar debía tentar contaminarlo.

Una noche que Juan Talero golpeó en el rancho de Susana Amarillo, la barragana, que por suerte estaba sin compañeros de ningún sexo, le gritó desde adentro:

—¡Andá'revolcarte con la máistra pueblera!... ¡Andá!... ¡Andá'olerle como los cuzcos!

Las frases procaces lo avergonzaron.

—¡Chist!... ¡Chist! —suplicó, como si viera paradas, alertas mil orejas en la soledad de los campos.

Luego la indignación lo quemó en su llamarada.

—¡Cállese, trompeta, lengua larga! ¡Nu emporque la gente! ¡La gente! ¡La gente! —voceaba, como definiendo la diferencia que la realza y separa de la chusma.

Daba puñadas feroces contra la madera endeble de la puerta. La mujer vociferaba, venenosa:

—¿Gente? ¡Já, já!... ¿Qué me contás? ¡Miren las niñas, las fruncidas... y dispúes son más calientes que las gallinas!... ¡Andá'repasártelas!... ¡Andá, que yo les viá gritar qui andan sonsacando, robando los marido'e la jotras!

—Te vi'hacer callar, grandísima yegua!

De un hombrazo echó la puerta abajo y hubo de defenderse de la china, vuelta un basilisco, para después curtirla a lazo.

Pero terminó quedándose allí, cerrando la "lición" con una gran borrachera repartida entre ambos, porque le tenía cariño a la desgraciada que él, secretamente, había hecho instalar en su sección.

Aquella gente tímida respiraba mejor.

Con todo, lo echaban de menos y, sin revelárselo, se leyerón en los ojos las interrogaciones:

—¿No vendrá más?

Se les había vuelto cosa familiar el hombrón llenándoles la casa. Sin darse cuenta se había infiltrado entre sus costumbres... Tenían un mate comprado para su amargo, y había un sitio en el cual el sillón del segundo se diría que lo esperaba. Recordaban anécdotas, envolviéndolas en una atmósfera sentimental y cariñosa.

—El pobre no tiene familia...

Se acordaban de una tarde nublada en que la señora cortaba un vestido: la visita de pie, en el vano de la puerta, oscurecía el aposento hasta el punto de hacerla confundir y echarle a perder el género.

—¡Ay, señor Talero: me ha hecho tomar una línea por otra!...

—¡Caray, doña Catalina! ¿Y no se puede remediar?

—No; pero no es nada —dijo la señora, tratando de suavizar el mal efecto que podía haberle causado.

Y el pobre hombre al otro día, confuso, entre un embrollo de disculpas, sacó de entre los cojinillos una pieza de tela, fantástica en colorinches, que hubieron de recibirle de regalo.

La niña menor pensaba en la ternura de la voz bronca, respondiéndole paternal:

—Pues sí, m'hijita.

La maestra utilizaba sobre la sensación de oscuro miedo que le producía. Lo asemejaba a una gran fiera domesticada a la cual, aún temblando en la idea de un posible despertar de su dormida ferocidad, sentíase atraída.

Quizá el contraste de la masculinidad áspera del varón venía a equilibrar un orden donde todo era molido y femenino. Instinto remoto de la necesidad del hombre en el hogar, de la confianza en una fuerza y una defensa. Cosas que debían acallarse porque hasta el innato pudor lo ordenaba.

En realidad, lo pasaban muy bien a solas. Por eso era de felicitarse que terminara tan oportunamente la asiduidad del visitante, indiscreto motivo de hablillas para el estrecho mundo que los rodeaba.

Ahora dejaba de venir. Ellas se llamarían a sosiego. Era la más criteriosa solución. Así se cortaban de raíz los díceres, y más a esa altura en que ya no era un misterio para nadie la presencia de escándalo de Susana Amarillo.

Lamentaban perder un amigo, un buen amigo, porque no era el caso de recordarle:

—Segundo, aquí tiene una casa donde se le aprecia.

El no las olvidaba.

Tenía reparos en dejarse ver llegando a lo de su amante. Se avergonzaba de las "trancas", y no se le borraba de la mente la escena de aquella noche de la soba.

Trataba de disculparse con una alzada de hombros: —¡Qué caray, al fin uno es hombre!...

Y luego:

—Con todo, soy un bárbaro.

Y temía que algún día le reprochasen:

—¿Cómo pudo dejar decir aquello?

—¿Dejar? —componía entre sí su defensa—. ¡Dejar!... ¡Le rompí las muelas!

Corrieron los meses. Tras éstos, le anduvo insistiendo en el magín un pensamiento:

—Tengo que dar una güeltita por lo de la máistra... ¡Gente tan buena!...

Previamente, como para limpiarse de culpas y ayudado por una de sus borracheras, había echado del pago a su querida, volteándole el rancho en una noche y haciéndoselo transportar por el asistente y otros milicos.

Con el primer sueldo que recibió fue a elegirse una buena vaca lechera y su respectivo ternero, y al enviársela a la maestra le recomendó a Filisbino:

—Qu'es un osequio que les manda mi segundo, don Juan Talero.

La favorecida le escribió una bonita carta de agradecimiento que él se hizo leer y releer por el escribiente de la comisaría. Y resolvió, al enterarse de que ellas se extrañaban que hiciera tanto tiempo no las honrara con sus visitas:

—¡Las pobres! Mire, ¿no? Viá dir, sí... ¿Cómo no viá dir?

Y volvió a "caer" y a aceptar los almuerzos.

Una siesta en que estaba por acostarse en su catre reforzado con guascas de cuero crudo que el mismo trajera, la señorita entró al local del colegio a buscar unos cuadernos olvidados. ¡Tenían tanta confianza!... El ya se estaba volviendo uno de la familia.

Ese día, quizá por esa misma familiaridad que lo alejaba de los cumplidos y etiquetas, se había dejado ganar por su gusto al vino y, sin pasarse mayormente, estaba alegrón.

Miró a la muchacha y la encontró linda. El vestido breve dejaba ver la media negra; la blusa, muy escotada, mostraba el cuello mórbido y blanco; llevaba desnudos los brazos.

El, sin oculta intención, la habló, riendo:

—¡Ah, mi novia!...

Ella giró sorprendida y ante su bonhomía hubo de sonreír.

—Us'é sabe, ¿eh? —interrogó el hombre.

—¿Qué?

—¡Es corruto que semos novios, pues!

A ella se le ocurrió —al fin era mujer— coquetear inocentemente y se dio vuelta, con las manos en las caderas.

—¿Y qué? ¿Soy tan horrible yo? ¿No puedo gustar a nadie?

—¿A naides?

Realmente, sin buscarlo, se ponía provocativa:

—¡Qué poco caballero!

El la miraba, la miraba, como apreciándola. Hizo amago de hablar. Posiblemente no se le habría ocurrido nada o habría repetido, como en el primer intento, una frase oída... Quizá la hubiese lisonjeado:

—Está preciosa, Carmen.

Ella lo conminó:

—¡Ni una palabra! ¡Estoy ofendida!

Era un juego.

—Vea...

—Cállese, señor descortés.

Bromeaban.

—Vea, Carmencita...

Por primera vez pronunciaba su nombre, y lo hacía tierno en el diminutivo. Ella alargó la mano fina, blanca, tersa —de señorita—, e intentó cubrirle la boca.

—Ni una palabra más he dicho.

Los labios calientes, el bigote áspero, se la hicieron recoger como si se hubiese quemado; pero él, tartajando frases de cariño, le había pasado una mano por la cintura y la estrechaba contra sí con una brutal presión de dominio, de posesión.

La chica sintió el aliento quemante, pesado, denso de olor a vino y a tabaco fuerte, tembló toda como un pájaro que va a morir y se le desmayó en los brazos.

El, con las piernas de plomo y los movimientos torpes, fue, desgonzado, hasta la puerta, y la trancó.

—Le tengo horror a ese hombre —se confiaba con la madre.

—¿Y qué hacemos, irnos?

—Pero ¿cómo? ¿Y a dónde?

—¿Y si le devolviéramos la vaca?...

—Si le pidiéramos que no volviera más... ¡Dios mío! El segundo, entre abochornado y arrepentido, venía más de tarde en tarde y se desquitaba de sus preocupaciones y sus afanes con grandes chupandinas en los almacenes.

Perdía el control. Una vez llegó de visita ebrio. Grotesca escena. El hombrón reía estúpidamente por la menor zoncera y aventuraba cuentos procaces, mientras la maestra, pálida, transparente, se mordía los labios hasta hacerse sangre.

Se quedó a almorzar. Luego de su siesta pesada mandó buscar a la señorita con el asistente. Era el colmo. Fue la madre la que llegó llorando.

—¿Qui hay? —se sorprendía él— ¿qui hay?

—Señor Talero: nosotras somos una familia honrada... Le hemos abierto las puertas de una casa pobre... Lo ñe la vaca, mire...

Y la señora se ahogaba entre sollozos.

El protestaba:

—¡Déjese de la vaca, pues!...

La conformaba:

—Pero, doña Catalina... era p'hablarle, sabe... Yo he faltau... Usté es una señora de respeto, y todas, a cual mejor... Y lo digo aquí y ande quiera. ¡Yo comprendo qu'he faltau!... Pero mire, n'el pecau está la penitencia, como dice el refrán... Doña Catalina... si usté quiere y ella consiente yo mi caso... ¿sabe?... ¡Qué caracho! Uno no es ningún desalmáu, ningún perulario!... Y en resumidas cuentas soy una autoridad y donde debo respetar respeto, y donde debo cumplir cumpla!

La señora no sabía qué decidir, qué responder.

Fue a consultar a la hija.

—¡Y ahora, eso de casarse, Carmen!... ¡Vé Carmen!... Tienes que hablar con él.

La aludida se quedó rígida, con un ademán cortado en el aire, sin hablar, sin moverse.

Fue. Seca, cortante.

—¿Qué quiere?

—Venga, m'hija... Venga, Carmencita.

A ella otra vez le pareció que se desmayaba. Tenía la garganta estrangulada. Intentó retirarse, huir, y pudo gritarle, con una voz desconocida:

—¡No! ¡No! ¡No!

Sintió su mano en la cintura... Y la súplica:

—Póngame la manito en la boca, m'hija.

Se casaron.

El segundo se instaló en la escuela. Al verano siguiente dormía sus sabrosas siestas bajo la enramada. Engordó. El pobre tordillo viejo, arqueado bajo sus doce arrobos, arrastraba las patas por el callejón en sus idas y vueltas a la Comisaría.

Se puso más haragán. De mañana dormía hasta que el sol estaba alto. Le llevaban el mate a la cama. El vino le alargaba y le ahondaba deliciosamente las siestas.

En sus funciones no hacía recorridas como era su deber, y el superior hubo de llamarle la atención.

—S'está bien en casa, ¡qué diablos!, p'andar bobiando por áhi, al rayo'el sol.

El superior le interrogó.

—Diga, Talero: ¿cuántos años tiene de servicio?

—¡Pisch!... Una porretada... Dende gurí ando'e sargento'e linia, de polecía... A ver... nel 90 con el mayor Brito, estábamo... estábamo nel Arapey... Nel 97 m'hicieron alfero en Cerros Blanco... Le debo andar raspando a los treint'años.

—Hombre, se podía jubilar para vivir tranquilo.

Sonrió.

—¿Sabe que nu es mala la idea? Lo viá pensar...

Inició las gestiones y consiguió una pensión bastante discreta.



—¡Qué caray! Con lo que gana Carmencita, la pobre, y estos vintencitos, nos alcanza.

Y duerme sus dilatadas siestas a la sombra ancha de la enramada que el negro, que continúa llamándolo "segundo", o "mi jefe", ha arreglado como una obra de arte, y a donde le lleva el cimarrón cebado de "maistro".

A veces, de tardecita, cuando el campo ya tiene la sombra recogida del anochecer y el lucero se asoma dulce, cual si fuera a marcar otro camino a Belén, él toma su eterno mate amargo y repite por centésima vez a su mujercita:

—Lindo, ¿eh?... Se vive lindo...

Cual tras una madura y ponderada reflexión, exclama luego:

—Es pacífico: yo no me canso'e decir: el hombre siempre hace falta en una casa.

Llegan los exámenes y Talero estrena bombacha y saco nuevo, sombrero flamante y fino pañuelo de seda.

Es presentado a las autoridades escolares.

—Mi marido...

El marido de la maestra...

El marido de la maestra asiste a la ceremonia, pero a la siesta se retira a su enramada y repite a los mozos de la ciudad, los examinadores, y a algún vecino o estanciero amigo que asiste a la prueba escolar:

—Lindo, ¿eh?... Muy lindo...

Y tiene una bonachona conmoción de padre ante los muchachitos endomingados, ante el gringuito inteligente que papagayea el discurso de ocasión o recita un retórico "Himno a la Bandera" o el "Canto al General Artigas".

—¡Qué bonito compuesto!

En realidad no ha pasado tanto tiempo para olvidar el nombre de Juan Talero, que fue segundo comisario de la sección. Sin embargo, no se le conoce sino por "el marido de la maestra".

Desprestigio del oficio...

El debía decirles que cobra su pensoncita, especial-

mente a esos que, antes que él exprese su optimista apreciación de la vida, le deslizan:

—Lindo, ¿eh?... Se vive lindo...

¡Bah! El sólo sonríe, concluyendo:

—Me lo sacó'e la boca.

Y repite calmo, como un eco:

—¡Lindo!, ¿eh?... Se vive lindo...